

Claudia María Velásquez Duque

Resiliencia, tenacidad, amor, caridad y compromiso son algunas de las cualidades que describen a Claudia María Velásquez Duque, una antioqueña a quien algunas veces las cosas no le salieron como lo planeó, como lo pensó, como lo soñó.

Sin embargo, fue su capacidad de vencer la adversidad y su optimismo los que la ayudaron a ver oportunidades en medio de las dificultades. Claudia es profesional en Comunicación Social y Relaciones Corporativas de la Universidad de Medellín y especialista en Gerencia del Talento Humano de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB). Se casó muy joven y, como la mayoría de las mujeres, soñaba con ser madre; en esa búsqueda se sumergió durante siete largos, agobiantes, algunas veces esperanzadores, otras veces tristes y terribles años.

Para Claudia la resignación no es una palabra que se pueda encontrar fácilmente en su vocabulario, puesto que un día decidió abrirle su corazón, su matrimonio y su vida a un niño que aunque no llevaría, ni saldría de sus entrañas, sería su compañía y la de su esposo durante toda la vida.

Es así como entra en un mundo desconocido, anhelado, a veces inalcanzable y desesperanzador para muchos: la adopción. Pasó algún tiempo y Dios atendiendo a sus ruegos, le regala un ángel, su propio ángel, un ángel de carne y hueso, un ángel de un año y un mes, que llegó a llenar su vida de felicidad y borró con sonrisas y ternura años y meses llenos de sombra, incertidumbre, desolación y oscuridad. Fue Samy con su llegada quien llenó la vida del matrimonio Rivas - Velásquez de amor y felicidad.

Pasaron dos años desde la feliz entrada de Samy al hogar de Claudia y Alejandro cuando lo inesperado sucedió, la personita que con su vida llenó la casa de luz se apagaba, una reacción alérgica a un antibiótico le arrebató a Claudia y a su esposo, a su hijo. Samy murió.

El mundo de Claudia se partió en mil pedazos, fue una caída libre a un abismo lleno de desolación, tristeza y frustración. Creyó morir, sintió que, con la partida de su hijo, su vida entera había partido también con él.

No obstante, cuando aún su herida estaba abierta y su corazón no paraba de llorar por la partida de su hijito, a los tres meses de haber despedido a su niño, Dios en su infinita sabiduría y misericordia la hacía protagonista de un sueño que hace algunos años atrás creyó imposible, Claudia sería madre, madre biológica, de las que les crece la panza y llevan en su vientre a una criatura por nueve felices y añorados meses.

Alejandro y Claudia estaban esperando un bebé, estaban embarazados. Fue entonces cuando la felicidad y la ilusión de la maternidad los impulsó a salir adelante a pesar del dolor de la partida de su pequeño. Y así fue como coincidentalmente un año más tarde, justo el mismo día en que con el alma literalmente partida en mil pedazos despedía a su hijito, la vida le regalaba y le permitía tener en sus brazos a quien hoy es el orgullo, la felicidad y la fiel muestra del amor de Dios: su hijo Miguel, quien con su llegada le enseñó que el día más triste de la vida se podía convertir en el día más feliz de su existencia.

Y con la vida sonriéndole nuevamente, Claudia emprende la búsqueda de realizar otro sueño, el sueño de tener una casa, su casa propia, es entonces cómo enfila todas sus baterías y pone sus ilusiones en un ambicioso, novedoso y prestigioso proyecto en un conjunto de apartamentos con el que veía materializado su sueño de tener una vivienda para ella y su familia.

Pero la noche del 12 de octubre nuevamente el destino y la vida le arrebataban la sonrisa, sus sueños literalmente se derrumbaban, sí, su apartamento hacía parte del tristemente mediático Conjunto Space, el mismo que después de una falla estructural de las columnas, colapsó.

Con sus esperanzas y los ahorros de varios años de trabajo hechos escombros, lloró y sufrió sin encontrar respuestas, pero eso de nada sirvió, ni en ese momento ni ahora, pues hasta hoy nadie responde.

Claudia Velásquez es un ejemplo de tenacidad y hoy el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) en el mes y la semana de la madre se enorgullece y se complace de que personas como ella hagan parte de la gran familia que vela por la protección y el bienestar de las niñas, niños, adolescentes y familias colombianas. Hoy le rendimos un sencillo, sentido y respetuoso homenaje a quienes como ella nunca han borrado la sonrisa de su rostro.

Desde hace cuatro años Claudia llegó a la Regional Antioquia del ICBF para desempeñarse como comunicadora y asegura que “este trabajo es el que más he amado, donde sé que lo que hago ayuda a alguien, así sea a una persona, adoro lo que hago, me levanto con amor y entrego todo lo que tengo para que salga bien”. Quienes tienen el privilegio de compartir con ella confirman el dinamismo, la entrega, la responsabilidad y la pasión que le pone a todo lo que hace, pues es eso lo que la convierte en una persona realmente inspiradora, digna de admirar. Porque a pesar de la adversidad tomó la decisión de vivir intensamente, de transmitir tranquilidad, generosidad y alegría. Son emociones que se demuestran en cada uno de sus gestos y acciones, y es que aunque no fue fácil pasar por todo lo que pasó no se quedó inmersa en el dolor, ni en las lágrimas que tantas veces derramó. Ella sabe y es testigo de que la vida está hecha de dificultades, pero también de alegrías y retos, los mismos que la han hecho madre, esposa y mujer.

Hoy puede ver a su hijo Miguel a los ojos y decirle con toda certeza que para conseguir lo que se quiere, muy a pesar de las dificultades, nunca hay que dejar de luchar.

